

KINLEY MACGREGOR
EL GUERRERO



KINLEY MACGREGOR

EL GUERRERO

LA HERMANDAD DE LA ESPADA III

Manderley

Título original: *The Warrior*

© Kinley MacGregor

Publicado por acuerdo con Avon, sello de Harper Collins Publishers.

© De la traducción, 2009, Margarita Matarranz

© De esta edición: 2009, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

Ilustración de cubierta: José del Nido

Diseño de cubierta e interiores: Raquel Cané

Primera edición: octubre de 2009

ISBN: 978-84-xxxxxxxxx

Depósito Legal: M-xxxxxxxxxxxx

Impreso en España por xxxxxxxx, S. L. (xxxxx, Madrid)

Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).



PRÓLOGO

Hacía mucho que había oscurecido cuando Lochlan MacAllister y sus hermanos, Braden y Sin, se sentaron con el padre de la reciente esposa de su hermano Ewan. Las velas de las lámparas del techo se habían apagado y el salón estaba iluminado sólo por el fuego de la gran chimenea que se apoyaba en la pared derecha. Su luz danzaba sobre los estandartes y las armas que decoraban las paredes encaladas, dibujando extrañas formas en torno a ellos mientras hacían bromas y probaban la comida que había quedado antes de que los sirvientes se hubieran retirado.

La feliz pareja se había ido hacía horas y nadie había visto a Ewan y a Nora desde entonces.

Tampoco lo esperaban.

De hecho, por lo que Lochlan sabía de su hermano, esperaba que pasaran días antes de que volvieran a verlos.

Era algo que le levantaba el ánimo.

Estaba contento de que Ewan hubiese alcanzado la felicidad por fin. La necesitaba.

—No puedo creer que hayamos casado a Ewan antes que a Lochlan —dijo Braden, cogiendo un trozo de fruta cortada de una bandeja que había delante de él—. Tenemos que tener cuidado, Sin. Creo que podríamos estar cerca del Juicio Final. Siento una necesidad repentina de confesión.

Sin se rió.

—Quizá.

—¿Habéis recibido alguna otra noticia de los MacKaid? —preguntó Alexander, el padre de Nora.

Lochlan negó con la cabeza. Cómo deseaba encontrarlos. Y lo haría. No descansaría hasta que pagaran por lo que habían intentado hacerle a su familia.

—Ninguno de mis hombres ha encontrado rastro de ellos —le dijo a Alexander—. ¿Y los tuyos?

—No.

—Eso me da mala espina —dijo Sin—. Tengo la sensación de que no tardaremos en saber de ellos.

—Probablemente —asintió Lochlan.

—¿Entonces qué deberíamos hacer? —preguntó Alexander.

—He informado a mi primo de lo que han hecho y ha expedido una orden de ejecución para ellos, pero hasta que los capturen...

—No hay mucho que podamos hacer —dijo Braden. Sin terminó su jarra de cerveza y se sirvió más.

Kintley MacGregor

—Claro que sí.

—¿Qué? —preguntó Braden.

—Casar a Lochlan.

Lochlan le dio un empujón en el brazo a Braden con tono burlón.

—Estás borracho.

—¿Sin? —preguntó una voz femenina.

Levantaron la vista y vieron que la esposa de Sin, Caledonia, se aproximaba a ellos.

Pasó junto a la mesa hasta situarse detrás de la silla de su marido. Mirando hacia su esposo le lanzó una suave sonrisa de reproche.

—Tenía la impresión de que mi díscolo esposo estaba pasando demasiado tiempo aquí abajo.

Sin parecía un poco avergonzado.

—Vamos, milord —dijo, tomando a Sin de la mano—. Mañana nos espera un largo viaje hasta casa y prometí a mi hermano Jamie que volveríamos a tiempo para su cumpleaños.

Sin le besó la mano y después la frotó contra la mejilla.

Lochlan se quedó asombrado por el gesto, que era tan ajeno a Sin. Era bueno ver a su hermano tan satisfecho con esposa.

Sin era otro al que nunca había esperado ver feliz. Estaba contento de comprobar que la vida finalmente había tratado bien a su hermano mayor.

—Buenas noches, caballeros —se despidió Sin, levantándose para seguir a su esposa.

Se cruzaron con Maggie en la entrada.

Lochlan sonrió mientras ella se acercaba, mirándolos con suspicacia. Recordó una vez en que había pensado en la posibilidad de su muerte y le había deseado muchas cosas horribles.

Ahora se alegraba de haber refrenado su impulso de matarla.

—Anímate, Braden —dijo a su hermano menor—. Es tu turno de que te tiren de las orejas.

—Mi dulce Maggie sabe que no debe tirarme de las orejas, ¿verdad, mi amor? —se burló Braden.

Ella balanceó de forma insolente sus caderas al acercarse a la mesa.

—Depende de si has hecho algo para que lo haga. —Sonrió dulcemente a Alexander y a Lochlan—. ¿Os importa si os lo robo?

—En absoluto —dijo Alexander.

Braden se levantó, la tomó en sus brazos y se dirigió hacia las escaleras casi a la carrera.

Lochlan los miró cómo se alejaban, con el corazón alegre por las travesuras de su hermano. Sin duda, Maggie pronto le regalaría otro sobrino.

—Entonces —dijo Alexander una vez que estuvieron solos—, ¿tienes algún plan de tomar esposa?

Lochlan le dio vueltas a la cerveza en su copa mientras pensaba en ello. A decir verdad, no había una mujer en su corazón. Dudaba de si alguna vez la habría. Pero, aun así, su deber le ordenaba tomar esposa.

Kintley MaeGregor

Sólo que trataría de posponer lo más posible esa responsabilidad.

—Algún día —dijo tranquilamente.

Alexander enarcó una ceja.

—¿No eres un poco viejo ya para no andar buscando?

Quizá lo era. Pero Lochlan tenía demasiadas cosas que ocupaban su tiempo, y casarse con una mujer a la que no conocía no era algo que le entusiasmará.

—Para todo hay un momento.

Alexander se rió de aquel comentario.

Fuera de la habitación sonaron pasos, seguidos por el abrir y cerrar de la puerta principal.

Lochlan y Alexander intercambiaron miradas de desconcierto.

Era demasiado tarde para visitas.

Un anciano sirviente entró en el salón con un joven detrás de él. El muchacho no había alcanzado todavía la mayoría de edad.

Vestido con harapos, llevaba una bolsa raída.

—Perdonadme, milord —le dijo el viejo sirviente a Alexander—. El muchacho dijo que tenía noticias de Lisandro.

Alexander le hizo un gesto al chico para que se acercara.

—¿Hay algún problema?

El muchacho vaciló y luego retrocedió. Miró vacilante al sirviente y después a Lochlan.

—Habla, muchacho —pidió Alexander pacientemente—. Nadie aquí te hará daño.

El chico aún parecía dubitativo.

—Tengo noticias, milord. Un hombre llegó a nuestra aldea y me dijo que tenía que traeros esto.

Se adelantó a toda prisa, dejó caer la bolsa en la mesa y volvió a apartarse corriendo a una distancia segura, como si esperara que la ira del infierno cayera sobre su joven cabeza.

Lochlan frunció el ceño ante su actitud temerosa.

Alexander pasó la mano sobre el cuero gastado.

—¿Esto es de Lisandro?

El chico tragó saliva.

—No lo sé, milord. Sólo se me dijo que os lo diera y no lo abriera.

Por la palidez de la cara del muchacho, Lochlan podía conjeturar que no había hecho caso.

—¿Quién te ha dado esto? —preguntó Lochlan.

El joven se rascó el cuello nerviosamente.

—Dijo que había una carta para lord Alexander dentro y... y que le dijera a su señoría que la próxima vez debería contratar a alguien mejor que un caballero francés. —Se estremeció—. ¿Puedo volver a casa ahora, por favor, milord?

Alexander asintió con la cabeza.

El chico salió disparado de la habitación como si le persiguieran los perros de Lucifer.

Kintley MacGregor

Lochlan frunció todavía más el ceño.

Alexander observó la bolsa.

—Qué extraño.

—Sí —dijo Lochlan, inclinándose hacia adelante para mirarla también—. Realmente lo es.

Alexander abrió la bolsa y vació su contenido en la mesa.

Lochlan se puso de pie en cuanto vio el tartán verde y negro que su padre había encargado hacía años para sus hijos. Nunca había sabido que nadie que no fuese él y sus hermanos lo tuviera.

Se le heló la sangre mientras lo miraba con incredulidad.

Alexander abrió un pequeño trozo de pergamino mientras Lochlan acercaba la tela para examinarla.

—«Canmore —leyó en voz alta—. No me gusta que nadie me tome el pelo. Puedes decirles a los gitanos que son los próximos en nuestra lista. Nunca debiste hablarle al rey de nosotros. Si te hubieras quedado callado, tu hija habría podido seguir viva. Ahora iremos a por ella y el resto de los MacAllister. Cuidad vuestras espaldas».

Las manos de Alexander temblaron y su cara enrojeció de la rabia.

—Está firmado por Graham MacKaid.

Lochlan casi no oyó las palabras. Estaba demasiado concentrado en las iniciales bordadas en la esquina de la tela hecha jirones y gastada.

«KM».

Kieran MacAllister

¿Pero cómo?

¿Quién podría poseer el tartán de su hermano?

Nadie fuera de su clan tendría acceso a él.

Buscando más claves, Lochlan desplegó el tartán y lanzó una maldición cuando la mano cortada cayó al suelo.

Alexander soltó también una maldición al verla y se quedó mirando fijamente la extraña marca que había en la muñeca.

—Ayúdame —rugió—. Mataré a cada uno de esos bastardos por esto.

A Lochlan le costó trabajo respirar, concentrarse. Por su mente pasó el hombre a quien había conocido brevemente: un hombre al que había prestado muy poca atención.

—¿Quién era Lisandro? —preguntó a Alexander.

—Sinceramente, no lo sé. Lo encontré en Francia hace unos cinco años cuando fui a visitar a un amigo. Acababa de llegar de Ultramar y se negaba a hablar de ello.

—¿Y este tartán?

Alexander se encogió de hombros.

—Lo tenía enrollado en torno a él cuando pidió trabajo. ¿Significa algo para ti?

Significaba más para él que su propia vida.

—¿Te dijo cómo lo había conseguido?

Negó con la cabeza.

Kintley Mae Gregor

—Sólo sé que era muy querido para él. La doncella de mi esposa trató de quitárselo una vez para lavarlo y él casi le rompió el brazo por ello. Era más bien rudo durante los primeros tiempos que estuvo con nosotros.

Alexander recogió la mano y fue a buscar al sacerdote para que se hiciera cargo de ella.

Lochlan pasó los largos dedos por el monograma de la esquina de la tela mientras miraba fijamente las iniciales que su madre había bordado allí.

¿Cómo había encontrado un francés el tartán de Kieran?

Ninguno de los hermanos había viajado más allá de Inglaterra, excepto Sin, y Sin nunca había llevado tartán.

Si no fuera por las iniciales, habría pensado que quizá el tejedor había hecho más tela con el mismo diseño y la había vendido.

Pero esas iniciales eran iguales que las de su tartán, el de Braden y el de Ewan.

No, éste era el de Kieran. Lo sabía. No tenía ninguna duda de que era el de su hermano, y por su aspecto era bastante viejo.

Un recuerdo de Ultramar.

Lo que significaba que Kieran no había muerto aquel día que había ido al lago solo.

Por alguna razón desconocida, su hermano había fingido su propia muerte y después se había ido de Escocia.

¿Pero por qué?

¿Por qué Kieran no le enviaba noticias? ¿Por qué permitía que creyeran que estaba muerto todos esos años?

Lochlan se sentó mientras asimilaba la noticia.

Sin duda los MacKaid habían encontrado el tartán después de matar a Lisandro y se lo habían enviado a ellos.

Sabían exactamente a quién pertenecía y lo que significaba.

Lochlan se tomó la cerveza de un trago.

En alguna parte, Kieran MacAllister podría estar vivo todavía.

Y que Dios se apiadara de su hermano si lo llegaba a encontrar.